



TRANSFORMACIÓN

PENSAMIENTO - PALABRA - ACCIÓN

PUBLICANDO EL CONOCIMIENTO DE LA CULTURA Y ESPIRITUALIDAD JUDÍA PARA ARAGÓN
Zaragoza, España. 9 de agosto de 2023 - 22 de Av de 5783.

Información importante al encender las Velas de Shabat:
Encender antes de las 20:51 (18 min antes de la puesta de sol).
Shabbat termina después de la aparición de 3 estrellas: 21:54.
Algunos esperan 72 minutos - hasta las 22:20 para hacer Arbit y luego Havdala. (Origen de las fuentes al final de los artículos)
<http://www.sefarad.org>

PARASHAT HASHAVUA

הַשָּׁבֻעַ - רֵעֵה

Deuteronomio 11:26-16:17



“Mira (ree), hoy presento ante Uds. la bendición y la maldición” (El versículo no dice “escucha”, sino “mira”. El testimonio que uno obtiene a través del sentido de la vista es irrevocable, y no así el que obtiene a través de la audición — lo que uno ve, tiene para sí el status de categórico y definitivo, a diferencia de lo que uno escucha, que puede prestarse a interpretaciones.

El versículo intenta transmitir que la bendición que recibirás si observas las normas de Hashem no es un mero rumor que pudiste haber escuchado y que eventualmente pueda cumplirse o no; se trata más bien de una evidencia tan real y tangible como si la pudieses ver con tus propios ojos). Torat Emet 497.

Sobre el Pasuk: “Y te voy a dar compasión (y te compadecerás)” (Devarim 13:18), la Parashá nos enseña la importancia de pensar en los demás y apiadarse de ellos.

Todo Yehudí es piadoso, ya que todo el que tiene compasión es descendiente de Abraham Avinu, y el que no la tiene, no lo es (Maséjet Betzá 32b). Todo Yehudí es pudoroso (se avergüenza) y también gusta de hacer favores. Sobre esto nos dice Baal Hatúrim (1270-1348), Z.Tz.”L., que la Torá escribe inmediatamente después del Pasuk arriba mencionado: “Son ustedes hijos para Hashem, su Creador”, para indicarnos que todo el que tiene compasión de las criaturas del Creador, D-os se compadece de él, como un padre de su hijo (Maséjet Shabat 150:1).
Mishkenot Shimón pag 366

Transformando las palabras de la Parashá en acción



**“Y te voy a dar compasión”
¡Tú también puedes!**

El Midrash Rabá (Kohélet 11) nos narra que en una ocasión naufragó un barco romano. Todos perecieron, excepto un hombre que logró llegar a nado hasta la costa. Se arrastró en la playa, ya sin ropas, exhausto, sediento y hambriento. Se acercó a un grupo de judíos pidiendo clemencia:

—Soy descendiente de su hermano Esav. Denme ropa y ayúdenme.

Y encontró una rotunda negativa.

Dentro del grupo marchaba uno de los Guedolé Hador, Rabí Eleazar Ben Shamúa; el romano percibió la luz que emanaba de su grandeza y clamó a él por auxilio. ➔

El Rab inmediatamente le dio ropa para vestir y lo llevó a su casa, dándole de comer y de beber. Finalmente lo despidió con una cantidad de dinero para el camino. No pasó mucho tiempo y el romano subió al poder, y ya en el gobierno decidió vengarse de los judíos por aquel desprecio, por lo cual decretó matar a todos los varones que habitaban la Tierra de Israel.

Inmediatamente Rabí Eleazar Ben Shamúa partió a Roma. Al llegar, dijo a los guardias que informaran al gobernante que el judío que le había salvado una vez la vida estaba en su puerta. Al entrar, el romano lo vio y se postró ante él, y le preguntó:

—¿Por qué viniste? ¿En que puedo ayudarte?

—Vine a pedir clemencia por mis hermanos judíos.

El romano, bien letrado, le dijo:

—¿No está escrito en tu Torá que “no vendrá un Amoní o Moabí a la congregación de D-os”? ¿Por qué no me dieron de tomar agua y de comer pan, si yo soy edomita? Y no sólo eso; ¿no dice en su Torá: “¿No debes abandonar a un edomita, porque es tu hermano”? Y ya ves cómo me trataron los judíos cuando los necesité.

Rabí Eleazar Ben Shamúa le contestó:

—Aun así, perdónalos. Aquí tengo cuatro mil monedas de oro. Tómalas y olvida el asunto.

—Te las obsequio, por las monedas que tú me diste cuando yo lo necesité, y toma 70 túnicas por aquella con la que tú me vestiste, y créeme que lo hago por ti, y solamente por ti —replicó el romano.

(“Y te voy a dar compasión y te compadecerás”).

Cuentan que el Jazón Ish (1878-1953), Z.Tz”L., acostumbraba rezar Vatikín diariamente (Shajarit que inicia al despuntar el alba). En una ocasión, una persona que tenía Jiyúv (obligación) llegó a la casa del Gadol y, sin permiso de nadie, tomó el Amud y empezó a rezar. Era una deshonra, cambiando toda la metodología de la Tefilá y del horario. Sus alumnos saltaron como leones para detener a este osado, que en la propia casa del Gadol Hador se atrevía a hacer tal cosa, y el Jazón Ish les pidió que no le dijeran nada, que había que apiadarse de él, y así transcurrió todo un año y nunca se le dijo nada. (“Y les voy a dar compasión y se compadecerán.”)

Recuerdo con mucho cariño a mi suegro, Jaim Dov Ber Ben Meir Tzadok (Bernardo Sandler, 1929-1998), Z.Tz.”L., que era puro corazón. Una vez, un familiar enfermó y cayó en cama, con un tratamiento muy costoso, largo y muy pesado. Acudió a visitarlo y le preguntó:

—¿Cómo haces para pagar tales medicamentos y de qué compañía son?

El enfermo le respondió con lágrimas en los ojos.

Don Bernardo no mencionó nada, se despidió y contactó a la compañía médica, para pagar él mismo todo el tratamiento de su bolsillo, y en forma anónima, sin que nadie se enterara. (“Y les voy a dar compasión y te compadecerás.”) Gracias a Hashem, el enfermo sanó.

Mi madre, que pido a D-os me la cuide y le dé larga vida, nos enseñó con su noble ejemplo, desde muy chicos, esta Midá de tener piedad, como debe hacerlo toda madre judía, no sólo con toda la gente sino hasta con el insecto más pequeño.

“Y te voy a dar compasión y te compadecerás.”

Mishkenot Shimón pag 368



El Mal: Dos Traducciones

Mira, Yo te doy hoy la bendición y la maldición.



La bendición y la maldición.

Todos los fenómenos, y toda la actividad humana, parecen sujetos a la categorización por estos dos más básicos definidores de la realidad. Un desarrollo es positivo o negativo, un evento es afortunado o trágico, un acto es virtuoso o desafortunado.

De hecho, el principio de «libre elección» -que al hombre se le ha otorgado la absoluta autonomía para escoger entre el bien y el mal- yace en el corazón de la más básica premisa de la Torá: que la vida humana es con un fin determinado. Que nuestros actos no son predeterminados por nuestra naturaleza o ley universal alguna, sino que son el producto de nuestra voluntad independiente, convirtiéndonos en auténticos «socios con Di-s en la Creación» cuyas elecciones y acciones afectan el continuo desarrollo del mundo como ha sido concebido por su Creador.

Filósofos y teólogos de todas las épocas han preguntado: ¿De dónde surge esta dicotomía? ¿Viene el mal de Di-s? Si Di-s es la fuente exclusiva de todo y es la esencia del bien, ¿puede haber mal en Su obra? Si El es la máxima singularidad y unidad, ¿puede ➔

existir semejante dualidad dentro de Su potencial?

En las palabras del profeta Jeremías: «De la palabra del Uno / no pueden surgir / tanto el bien como el mal». Sin embargo, la Torá declara inequívocamente: «Mira, Yo te doy hoy la bendición y la maldición»; Yo, y ningún otro, soy el exclusivo otorgante y fuente de ambos.

Transmutación

Un enfoque para comprender la concepción de la Torá de «la bendición y la maldición» es ver cómo este versículo es interpretado por los grandes traductores de la Torá.

El arameo, ampliamente hablado por el pueblo judío durante quince siglos, es la «segunda lengua» de la Torá. Es la lengua del Talmud, e incluso de varios capítulos bíblicos. Hay también un número importante de traducciones arameas de la Torá, incluyendo una compuesta al final del primer siglo de la era común por Onkelós, un romano convertido al judaísmo, sobrino del emperador Tito; y una traducción compuesta medio siglo antes por el gran sabio talmúdico Rabí Ionatán ben Uziel. En la traducción de Onkelós, la palabra hebrea *klalá* en el citado versículo es traducida literalmente como «maldición» (*lotín* en arameo). Pero en la traducción de Rabí Ionatán, el versículo aparece así: «Mira, Yo te doy hoy la bendición y su transmutación». El autor no está meramente evitando el desagradable término de «maldición»; él mismo emplea ese término apenas tres versículos después en Deuteronomio 11:29, y en otros lugares de la Torá donde aparece la palabra *klalá*. Además, si Rabí Ionatán simplemente hubiera querido evitar usar una expresión negativa, habría escrito «la bendición y su opuesto» o algún eufemismo similar. La palabra aramea que usa, *jilufa*, significa «cambio» y «transmutación», implicando que «la maldición» es algo que resulta de la bendición y es, así, una forma alterna de la misma esencia.

En las palabras de nuestros Sabios: «Ningún mal desciende del Cielo», sino solamente dos tipos de bien. El primero es un bien «descarado» y obvio, uno que sólo puede experimentarse como tal en nuestras vidas. El otro también es bueno, pues nada salvo el bien «surge del Uno»; pero es un «bien oculto», uno que está sujeto a cómo nosotros elegimos recibirlo y experimentarlo. A causa de la libre elección otorgada a nosotros, está en nuestro poder deformar estas bendiciones celestiales en maldiciones, subvertir estas energías positivas en fuerzas negativas.

La de Onkelós es la más «literal» de las dos traducciones. Su propósito es proveer al estudiante el significado más rudimentario del versículo. Este, en hebreo, dice «la bendición y la maldición», y Onkelós lo traduce como tal al arameo.

Por otra parte, la traducción de Rabí Ionatán ben Uziel provee una interpretación más esotérica de la Torá, incorporando muchos pensamientos midráshicos y talmúdicos. De modo que en vez de llamar simplemente «maldición» a una maldición, alude al verdadero significado de lo que experimentamos como mal en nuestras vidas. En esencia, Rabí Ionatán nos está diciendo que lo que Di-s da es bueno; pero El nos ha otorgado la capacidad de experimentar ambas cosas, «la bendición y su transmutación», de desviar Su bondad a fines destructivos, Di-s libre.

Esto explica también por qué Rabí Ionatán traduce *klalá* como «transmutación» en el citado versículo (vers. 26) y en un versículo posterior (vers. 28), pese a que en el versículo 29 lo traduce literalmente como «maldición», al modo de Onkelós. En vista de lo dicho, la razón de la diferencia es clara: los primeros dos versículos hablan de Di-s dándonos tanto una bendición como una «maldición»; pero Di-s no da maldiciones, sino sólo la opción y capacidad de «transmutar» Sus bendiciones. Por otra parte, el tercer versículo («Y será que, cuando el Señor tu Di-s te haya traído a la tierra... proclamarás la bendición sobre el Monte Guerizim y la maldición sobre el Monte Eival») habla de nuestra articulación de los dos senderos de la vida, donde el «bien oculto» puede recibirse y percibirse como una real «maldición».

Galut

En un nivel más profundo, las diferentes perspectivas acerca de la naturaleza del mal expresadas por estas dos traducciones arameas de la Torá reflejan las circunstancias histórico- espirituales bajo las que se compusieron.

El *galut* -el estado de desalojo espiritual y físico en que nos encontramos desde la destrucción del Gran Templo y el exilio de nuestra tierra hace aproximadamente 2000 años- es una causa primaria para la distorsión de la bendición de Di-s en «su transmutación». Cuando el pueblo de Israel habitó la Tierra Santa y experimentó la presencia manifiesta del Omnipotente en el Gran Templo de Jerusalén, experimentó la verdad Divina como una realidad táctil. La perfección y bondad intrínseca de todo lo que viene de Di-s era abiertamente perceptible y accesible.

El *galut*, por su parte, es un estado que vela y deforma la visión interior de nuestra alma, haciendo mucho más difícil relacionarse con la esencia Divina en cada suceso y experiencia de nuestras vidas. El *galut* es un ambiente en el que el «bien oculto» que se nos otorga es demasiado fácilmente convertido en negatividad y mal. La traducción de Rabí Ionatán ben Uziel, llamada también «Traducción de Jerusalén», fue compilada en Tierra Santa en la generación anterior a la destrucción del Templo. <https://www.tora.org.ar/shabat-ree/>

